

LA NOCHE SANTA

2º-3º

E - sa no - che los pas - to - res ce - nan po - co y duer - men

8
"na", sa - ben que al - go va a pa - sar: ver el fue - go que no
Ver el frí - o que no

16
que - ma, ver los lo - bos no a - ta - car más.
hie - la, ver en tie - rra ví - da bro -

21
2.
más. No - che de mi - la - gros se - rá.
tar.

<https://ideaswaldorf.com/la-noche-santa-m/>

Cuando tenía cinco años, experimenté un gran pesar. Quizás desde entonces no he tenido otro mayor. Fue cuando falleció mi abuela. Siempre había estado sentada en el sofá de su alcoba, contando cuentos. Yo sólo sabía esto, que la abuelita estaba sentada allí y narraba, de la mañana a la noche, y los Niños nos sentábamos silenciosos junto a ella y escuchábamos. Era una vida maravillosa. No había Niños más felices que nosotros. Recuerdo pocas cosas de mi abuela: que tenía unos cabellos hermosos, blancos como copos de nieve, que caminaba muy encorvada y que También recuerdo que cuando terminaba la narración de algún cuento solía colocar su mano sobre mi cabeza y decía:

«Y todo esto es tan cierto como que yo te veo y tú me ves.»

Recuerdo también que sabía cantar bellas canciones; pero esto no lo hacía todos los días. Una de estas canciones trataba de un caballero y una sirena y tenía el estribillo:

«Sopla tan frío, sopla tan frío sobre el río.»

Acuden también a mi memoria una oración muy breve y unos salmos que me enseñó, pero de todos los cuentos que contaba, conservo únicamente una confusa idea.

Sólo de uno de ellos me acuerdo tan claramente que podría narrarlo sin dificultad. Es una historia muy breve del nacimiento de Jesús.

Ved, eso es casi todo lo que sé de mi abuela, dejando a un lado aquello que recuerdo con más fidelidad: el enorme dolor que me causó su muerte.

Recuerdo la mañana en que su sillón apareció vacío, en que no sabíamos qué hacer para que pasasen las horas más aprisa. De eso sí que me acuerdo. No lo olvidaré nunca.

Recuerdo que a los Niños nos llevaron a besar la mano de la difunta. Y nos daba miedo, pero entonces alguien nos dijo que era la última vez que podíamos agradecer a la abuelita toda la alegría que nos había proporcionado.

Y recuerdo cómo los cuentos y las canciones salieron de casa, metidos en un ataúd negro, para no volver más.

Recuerdo que había desaparecido algo de nuestra vida. Era como si se hubiese cerrado la puerta de un mundo bello y mágico, en el que antes podíamos entrar y salir libremente. Y ya no hubo nunca nadie que acertase a abrir esta puerta.

Me viene a la memoria que los Niños aprendimos gradualmente a jugar con juguetes y muñecas, a vivir como los demás Niños; podría parecer que ya no echábamos de menos a la abuelita, que ya no lo recordábamos.

Pero aún hoy, después de cuarenta años, al reunir las leyendas sobre Cristo que oí narrar en Oriente, despierta en mis recuerdos el breve cuentecillo del nacimiento de Jesús que contaba mi abuela. Y siento deseos de narrarlo una vez más e incluirlo en mi colección:

Era Navidad. Toda la familia había ido a la iglesia, excepto mi abuela y yo; creo que nadie más se quedó en casa. Estábamos, por lo tanto, completamente solas. No nos habían permitido ir con los demás, a mi abuela porque era demasiado mayor y yo aún demasiado pequeña. Estábamos muy tristes por no haber ido a la misa del gallo, ni haber escuchado los villancicos, ni haber visto las grandes luces de Navidad. Entonces, reunidas en nuestra soledad, mi abuela comenzó a contar una historia:

“Había una vez un hombre que, en la oscuridad de la noche, salió de su casa a pedir prestada una brasa para encender un fuego. Llamó a las puertas de las chozas y dijo:

«Querido amigo, por favor, ayúdame. Mi esposa acaba de dar a luz a un niño, y necesito encender un fuego para calentarla a ella y al pequeño».

Y fue de choza en choza. Pero la noche ya era muy tarde; todos dormían y nadie le respondió. Y el hombre caminó... Caminó...

De pronto, a lo lejos, fuera del camino, vio una luz; Apresurado y ansioso, el hombre siguió en esa dirección con la esperanza de encontrar ayuda; sin embargo, para su sorpresa, vio que no era una vivienda, sino una fogata encendida al aire libre. Alrededor, un rebaño de ovejas dormía, custodiado por un viejo pastor que las vigilaba sentado. Cuando el hombre que buscaba una brasa

prestada llegó al rebaño, tres enormes perros, que hasta entonces habían estado dormitando a los pies del pastor, se levantaron rápidamente e hicieron como que iban a ladrar. Pero sus esfuerzos fueron en vano; no emitieron ni un sonido.

El forastero pudo entonces ver el pelaje erizado de los animales y sus afilados dientes blancos brillando a la luz del fuego.

De súbito, como movidos por un resorte, los tres perros se abalanzaron furiosos sobre él, uno mordiéndole la pierna, otro la mano, mientras el tercero se lanzaba a su garganta.

Sin embargo, ni gargantas ni dientes obedecieron a sus feroces instintos; el hombre no sufrió daño alguno. Por lo tanto, pensó en acercarse más para obtener lo que tanto necesitaba. Pero las ovejas, echadas una al lado de la otra, estaban tan juntas que era imposible pasar entre ellas. Así que el hombre las pasó por encima, caminó sobre sus lomos hacia el fuego, ¡y ni un sólo animal despertó ni se movió!

Cuando el hombre casi llegaba al fuego, el pastor lo miró. El pastor era un viejo rudo, áspero y cruel con los humanos. Al ver al forastero, que avanzaba con calma, tomó el largo y afilado bastón que siempre llevaba consigo al cuidar el rebaño y se lo arrojó, pero el bastón no dio en el blanco, giró y, siseando, cayó lejos entre el heno.

Entonces el forastero se acercó al pastor y le dijo:

«Buen hombre, ayúdeme, présteme unas brasas. Mi esposa acaba de dar a luz a un niño y necesito hacer fuego para calentarla a ella y al pequeño».

Al pastor rudo le pareció que jamás le habían hecho una petición tan extraña, y se dispuso a negarse, cuando, de repente, recordó que los perros no habían podido morder a aquel hombre; que las ovejas habían permanecido inmóviles a sus pies, y que su cayado, para no lastimarlo, había sido arrojado al heno. Entonces, un terror supersticioso lo invadió; sin atreverse a negarse, respondió:

«Toma lo que necesitas».

Pero el fuego estaba encendido al aire libre; no había ni un sólo leño ni rama abandonada; sólo una enorme pila de brasas al rojo vivo, y el forastero no llevaba ni pala ni azada con la que pudiera sacar una sola de aquellas piedras ardientes. Al darse cuenta de esto, el pastor repitió:

«Toma lo que necesitas».

Y el anciano se alegró, pues el hombre no tenía posibilidad de tomar ni una sola brasa.

El forastero, sin embargo, se inclinó y, de entre las cenizas, con sus propias manos desnudas, sacó un puñado de brasas y las guardó dentro de su capa. ¡Y no se quemó las manos! ¡Y su manto ni siquiera se chamuscó! ¡Y las piedras de fuego desaparecieron como si fueran manzanas o nueces!

Al ver todo esto, el pastor se maravilló...

«¿Qué clase de noche es esta?». —pensó— «¿En la que los perros no muerden, el rebaño no huye, el cayado no hiere y el fuego no arde?».

Y, llamando al desconocido, le dijo:

«¿Qué clase de noche es esta? ¿Qué ha ocurrido para que todo se muestre compasivo?».

A lo que el hombre respondió:

«No te lo puedo decir; ¡ven y verás!».

Y trató de seguir su camino para encender rápidamente un fuego y calentar a su esposa e hijo. Pero el pastor no quiso perder de vista al hombre sin encontrar una explicación a aquellos presagios. Así que se levantó y lo siguió hasta el lugar donde vivía.

Para su sorpresa, descubrió que el hombre ni siquiera tenía una choza donde vivir y que su esposa e hijo yacían en el suelo de una cueva en la montaña, donde sólo había las frías y desnudas paredes de piedra. Al ver a la pobre e inocente niña, el viejo pastor pensó que podría morir de frío por dentro; a pesar de su rudeza, sintió una dulce compasión y decidió salvarla. Se quitó la capa y se la dio al desconocido, diciéndole que la niña dormiría mejor arropada en ella.

Poco después de esta muestra de misericordia, se le abrieron los ojos y vio lo que antes no había podido ver y oyó lo que antes no había podido oír. Y comprendió que estaba rodeado de innumerables ángeles con alas resplandecientes, quienes, de pie, tocando cada uno un instrumento de cuerda, cantaban con gloriosas voces que el Salvador había nacido; aquel que redimiría al mundo de sus pecados. Y el viejo pastor comprendió que la tierra era tan feliz en aquella noche bendita que, por un instante, había olvidado el mal.

Pero los ángeles no sólo rodeaban al pastor; los veía por todas partes. Estaban dentro de la cueva, en la montaña y volando bajo el cielo. Venían en abundancia y, al pasar, le dedicaban una dulce y fugaz mirada al niño

¡Qué alegría! ¡Qué maravilla! ¡Qué cantos y melodías! El pastor lo vio todo aquella noche oscura, ¡él que no había podido ver nada!

Y entonces, rebosante de felicidad, el anciano y rudo hombre cayó de rodillas y dio gracias al Señor. En ese momento, la abuela suspiró y dijo:

«Y lo que vio aquel pastor, nosotros también podríamos verlo, si se nos permitiera, pues en Nochebuena los ángeles descienden volando de los cielos».

Luego, pasando su mano sobre mi cabeza, dijo:

«Nunca debes olvidar esto, porque es tan cierto como que yo te veo y tú me ves. Esto no se revelará con la luz de lámparas o velas; no depende del sol ni de la luna; lo que se necesita es que tengamos ojos capaces de ver la Gloria de Dios».

Aportación de La Comunidad de Cristianos